

La novela histórica como vía de conocimiento histórico

Blanca de Lizaur

La novela histórica: ¿vía hacia la historia o hacia la ficción?

En 1991, TV-UNAM produjo un programa sobre “La historia y la imaginación”.¹ En él, Edmundo O’Gorman, José Rubén Romero y Pablo Escalante sostuvieron lo que, todavía hoy, nos parece una postura polémica, pero iluminadora.

Don Edmundo aseguró que para ser buen historiador, hace falta ser un buen escritor y usar la imaginación. No se trata —aseguró— de escribir libros de efemérides, sino que es necesario recrear el pasado y aventurar nuestra opinión sobre él. Escribir historia no es listar acontecimientos, sino interpretarlos, y por esto —sostuvo— “le doy a la imaginación una primacía sobre lo que se considera fundamental, que es la información”.

La paradoja del historiador actual —continuó—, es que se embarca en una búsqueda infatigable de información, sin darse tiempo para seleccionarla y analizarla. Se satura, y así no puede producir los resultados deseados. Ahora bien, la reconstrucción histórica tiene más de creencia que de hipótesis científica...

Criticando el trabajo de un historiador que aseguraba no haber escrito jamás una línea sin citar su correspondiente fuente de información, don Edmundo se preguntó: “Si todo lo que dice ya estaba dicho, [entonces,] ¿para qué lo dice?”

A continuación, O’Gorman declaró: “El historiador, como el poeta, vive de la imaginación; ambos trabajan un territorio compartido. La literatura y la historia están tan cerca una de la otra, que un historiador que no lee novelas, [...] no es un buen historiador.”

Finalmente —concluyó don Edmundo—, “la fórmula de Ranke —aquella que reza: ‘el historiador debe decir estrictamente lo que pasó’—, puede sonar muy bien pero es imposible”.

¹ Dentro de la serie *Las generaciones*, dirigido por Gonzalo Celorio.

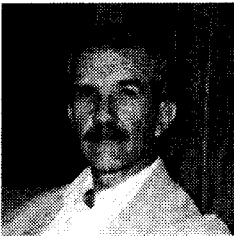
Como corolario a la intervención de O’Gorman, Escalante añadió: “Frecuentemente he tenido esta sensación de que una novela explica mejor un momento histórico, que trescientos libros de historia [escritos] sobre él”.

La gran paradoja de estas declaraciones es que sus autores hacen historia al modo de nuestro siglo: con cuidadoso rigor científico y reseñando exhaustivamente sus múltiples fuentes...

Y si trabajan así, es porque en nuestros días, pocos se atreven a sostener que el cuento y la novela históricos son también una fuente de conocimiento histórico.

10 A continuación reproducimos las ideas sobre el tema, expuestas por cuatro personalidades: José Rubén Romero Galván —la única voz independiente en aquel programa, y uno de los pocos historiadores que labora como maestro en el Colegio de Letras—; Antonio Rubial —historiador y autor de una novela histórica—; Rosa Camelo —historiadora—, y Eugenia Revueeltas —literata interesada en la novela histórica.

Opinión de Antonio Rubial (13 de mayo de 1997)



Bueno, en principio me parece peligroso clasificar como “serio” el trabajo de un historiador, y como “ligero” el de un novelista: *cualquier* obra histórica de calidad implica un serio esfuerzo de investigación que no podemos menospreciar.

Lo que determina que una obra particular sirva como vía de conocimiento histórico —pienso yo— es más bien la formación del autor, ya que no enfrentará el reto de la misma manera un historiador que un literato; cabe suponer, por tanto, que este último, por la “licencia poética”, se permitirá libertades —como los anacronismos— que en un historiador no se darían. A la vez, cabe esperar que la obra del literato resulte más amena que la del historiador, aunque esto no sea necesariamente cierto; contamos con novelas históricas, escritas por historiadores, que son ejemplo de literatura de calidad —entre ellas, muchas de las del siglo XIX—, así como con obras amenas dentro de las clásicas de la historiografía —*El otoño de la Edad Media* de Johann Huizinga, o *La cultura barroca en México* de Irving Leonard, por citar dos ejemplos.

Por otra parte, hay novelas históricas escritas por literatos —pongo el ejemplo de *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso—, que se ven respaldadas por una sólida investigación, lo que nos lleva a matizar nuestra afirmación. Finalmente, para la historia, como para la literatura, *nada de cuanto es*

humano, le es ajeno. Todo depende del autor y del tratamiento que haga de la anécdota.

Me preguntas, entonces, ¿cuál es la diferencia entre un texto historiográfico académico, y una novela histórica...? Bien, las diferencias son dos: en primer lugar, que la novela te permite llegar a un público mayor, menos especializado —su lectura, en general, es más accesible—; y en segundo lugar, que la novela te exige dibujar una imagen completa de la vida (incluyendo aspectos de la privacidad y la emotividad), con multitud de detalles que en una obra académica podrían resultar innecesarios.

Por otro lado, la obra académica permite hacer un análisis profundo y explícito del momento histórico. Por poner un ejemplo: con un trabajo académico se puede aventurar hipótesis, mientras que con una novela no; las cuestiones teóricas en general, en una obra de ficción, son percibidas más bien como digresiones.

Creo que esto me permite afirmar que, en realidad, tanto la historiografía como la novela histórica se complementan. Por eso escribí *Los libros del deseo* (El Equilibrista-Conaculta), a partir de una anécdota descubierta en un archivo. Cuando leí aquel expediente, encontré en él todos los ingredientes que podrían formar parte de una novela, e interesar a un público mayor. Y si bien toda la acción gira en torno de una monja que resulta embarazada, creo yo que la investigación me permitió dibujar no sólo su caso, sino también la vida cotidiana en la época de sor Juana, y las relaciones entre diversas estructuras de poder. Espero que resulte atractiva para la gente y —¡por qué no!— que la acerque también a un periodo de nuestra historia, que es verdaderamente apasionante.

Opinión de José Rubén Romero Galván (14 de mayo de 1997)



Las vías para el conocimiento histórico son muchas y variadas. Si la finalidad de la historia es el conocimiento del pasado, entonces toda puerta al pasado constituye una puerta a la historia.

Ahora bien, las trazas que el hombre ha dejado a su paso, necesitan ser interpretadas para hacer de ellas verdaderas puertas al conocimiento del pasado: desde los monumentos antiguos hasta las casas de principios de siglo, desde los muebles hasta los documentos y, naturalmente, los relatos también necesitan ser descifrados. En todas esas trazas el hombre ha dejado constancia de su presencia, de las mil y un maneras que

tiene de apropiarse de su entorno, de construirse un espacio, y de explicar su realidad. Es verdad que, en nuestro afán de desentrañar el pasado, estamos acostumbrados a privilegiar los textos (tanto los documentos originales que encontramos en archivos y colecciones, como las obras historiográficas), pero eso no significa en absoluto que otras fuentes no sean válidas. La literatura bien puede ser una de ellas.

12

Por lo que toca a la novela histórica, puede afirmarse que es una recreación realizada con base en una investigación. Marguerite Yourcenar, para escribir *Memorias de Adriano* y *Opus nigrum*, realizó investigaciones muy sesudas. Sólo así pudo ella dar vida a sus personajes de manera tal que los especialistas de varios países han debido aplaudir su tino y su erudición. Ambas obras permitieron a Yourcenar darnos una magna lección de historia en primera persona. Claro está que obras así nos muestran una historia diversa a la que estamos acostumbrados a encontrar en las obras académicas: Yourcenar no hilvana solamente la historia de los grandes acontecimientos, sino principalmente la de los individuos como tales, en su emotiva riqueza. En particular, ella eligió como protagonistas a seres de una inteligencia, de una cultura y de una sensibilidad extraordinarias, que vivieron momentos de transición, y que además ocuparon un lugar sobresaliente en su mundo: Adriano, emperador de Roma, y Zenón, sabio que vivió el paso de la Edad Media al Renacimiento.

La novela histórica, cuando es resultado de una investigación sólida, es definitivamente una puerta al conocimiento del pasado, y una puerta, en particular, intimista y por ello seductora —lo cual no es nada despreciable.

Es cierto, sin embargo, que buena parte de las novelas históricas no resiste un análisis serio.

Entre las que salen adelante de un análisis riguroso, tenemos *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso.

¿Puede el autor asegurar que sus personajes hubieran hablado así, o que hubieran actuado como él describe? Salvo en raros casos, no; pero esto mismo se puede alegar sobre casi cualquier trabajo historiográfico, ya sea literario, ya sea académico. El historiador propone explicaciones con visos de verosimilitud, mas le es prácticamente imposible afirmar que las suyas son las únicas objetivas y verdaderas.

Cuando la novela histórica es resultado de una investigación seria, cumple a través de un discurso distinto, pero tan efectivo como el de la historiografía, con la tarea primera de la historia, que es la de poner a los grupos sociales frente a su pasado, por medio de un discurso en el que ellos se conozcan y se reconozcan. Y esto hace que nos planteemos una pregunta primordial: ¿cuál es la frontera entre la historia y la literatura?

Dado que “la historia [es] testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida y mensajera de la antigüedad” (como decía Cicerón), el grupo social que no conoce sus errores pasados, está condenado a repetirlos. Pero, más allá de esto, la meta privilegiada de la historia —para mí— es la de crear conciencia. Del mismo modo en que el psicoanálisis pone al hombre frente a sí y a su pasado, la historia permite a la sociedad saber quién es y qué puede esperar de sí. Y nos enseña, finalmente, a estimarnos por lo que somos, y a hacer buen uso de lo que tenemos. Ahora bien, es ya tópico decir que la literatura crea conciencia y nos ayuda a conocernos... ¿Hasta dónde, en este renglón, podemos decir que la ficción histórica y la historiografía académica son cosas enteramente distintas?

13

Opinión de Rosa Camelo (16 de mayo de 1997)



No es posible descalificar a la novela histórica como vía de conocimiento histórico sin más. Para responder a esta pregunta, habríamos antes de especificar a qué conocimiento histórico nos referimos, y sobre qué novela hablamos. Pongamos un ejemplo: la novela histórica que se escribió en el México decimonónico, y que pretendía describir la vida del México del siglo XVI, puede no hacernos una buena descripción del mundo virreinal, pero sí está reflejando claramente la vida del siglo XIX. Es un caso muy claro de novela escrita en oposición a una serie de símbolos dominantes: su postura ante la libertad, ante la autoridad, ante el extremismo religioso, etcétera, nos están hablando de lo que era importante para un escritor liberal decimonónico como Riva Palacio —que buscaba influir en sus lectores y cambiar la historia de su presente—, más que de lo que era realmente importante en el siglo XVI. Los diálogos que este autor emplea en sus obras expresan formas de pensamiento que son más propias del siglo en el que vivió, que del siglo del que escribió. En ese sentido, y en el que finalmente el autor se basó en documentos originales, aún una obra llena de anacronismos, puede servirnos como vía de conocimiento histórico.

Usted se asombra de que los historiadores demuestren una enorme apertura ante las obras de ficción histórica, y me pregunta de dónde puede venir... Ésta viene, naturalmente, de las corrientes actuales de la historiografía —la Historia Antropológica Inglesa y la Nueva Historia Francesa, por ejemplo—, y de que la definición de lo que es una fuente histórica se ha ampliado enormemente con el paso del tiempo. Asimismo, el literato —debido a diferentes causas— se ha venido enfrentado al reto de la reconstrucción histórica con

instrumentos y estrategias cada vez más especializados. Resultado de esta combinación, han nacido obras como *Los reyes malditos*, con magníficas y fieles reconstrucciones históricas, además de ser ellas mismas notables elaboraciones imaginativas y emotivas. Hoy por hoy, el escritor comienza a atribuir a los personajes históricos, sentimientos y motivaciones propias de la época en que vivieron, en lugar de emplear los contemporáneos.

14

Cabe señalar, de todas maneras, que si hoy los autores se enfrentan con armas tan sofisticadas, al reto de la reconstrucción histórica, es debido a que las fronteras de las disciplinas comienzan a extenderse, más no a confundirse. Si un literato hoy se atreve a emplear los instrumentos del historiador, eso no significa que el escritor haya dejado de serlo para convertirse en un académico de la historia, sino que a su punto de vista ha sumado una nueva herramienta: él seguirá escribiendo como literato, pero lo hará con mayores recursos. El escritor ve la historia, finalmente, con ojos distintos a los del historiador.

Opinión de Eugenia Revueltas (30 de mayo de 1997)



Durante un congreso que tuvo lugar en la Universidad de California, en los Estados Unidos, pude presenciar un debate, ríspido y violento, sobre este mismo tema, sostenido por diversos historiadores y críticos literarios extranjeros. Usted me comenta que los historiadores que ha entrevistado han demostrado una gran apertura ante la ficción histórica. No es ésta la posición preponderante fuera de México, y creo que esto habla de

la gran madurez de nuestros historiadores.

La novela histórica, en mi opinión, no sólo es una vía de conocimiento histórico, sino que además permite una profundización en el conocimiento histórico, que no puede conseguirse de otro modo. Esta profundización, además, ha permitido romper esquemas y prejuicios sostenidos hasta ese momento. La novela, por ejemplo, ha propuesto como héroes a personajes vencidos, como oposición a la historia oficial escrita por los vencedores. Appiano, historiador, da una imagen negativa de la figura de Aníbal, porque él debe asumir la visión de los vencedores, de Roma, contra la cual Aníbal luchó. Un literato, por el contrario, puede exaltar la figura del gran héroe cartaginés.

Lo mismo sucede con Adriano que, desde el punto de vista de la historia oficial, no fue sino un emperador "mediocre". Los historiadores romanos no lo tenían en gran aprecio, entre otras razones, porque suspendió la política expansi-

va del Imperio, y porque —obsesionado con la cultura— se desentendió en gran medida de la política que lo habría debido de ocupar. La obra de Yourcenar viene, en consecuencia, a reparar la imagen de un emperador embarcado siempre en relaciones amorosas conflictivas, sensible y culto, que merecía un mejor tratamiento que el que le habían dado los cronistas romanos.

En términos literarios, la obra de Yourcenar viene a romper, además, con dos reglas sagradas de la ficción histórica: la primera, la de la descripción en tercera persona —*Las memorias de Adriano* son un largo monólogo—; y la segunda, la de no adjudicar a las grandes figuras de la historia, acciones, palabras y sentimientos que no constasen (dicho de otra manera: los grandes personajes históricos sólo podían participar como telón de fondo, como señales del tiempo y del lugar en el que se desarrollaba la acción, pero nunca como parte activa de ella).

15

Quiero ir más lejos, y señalar que la ficción histórica llega, de hecho, más allá que la historiografía, por cuanto reconstruye también lo cotidiano, lo íntimo, lo individual, lo subjetivo —que son campos en los que habitualmente no incursiona la crónica. Por esto la visión del pasado que nos da la buena literatura es siempre más rica y más sugerente que la de la historia.

Y esto es potenciado por la renuncia, del historiador actual, de hacer uso de los recursos expresivos del lenguaje. Su prosa, en general, reduce los clímax y tiende a la llaneza, a la aridez, por su mismo prurito de imparcialidad —lo que no facilita la transmisión del saber logrado. Esto no era así antiguamente; Justo Sierra, al relatar la historia del México decimonónico, alcanza momentos de gran tensión dramática y de intensidad emotiva que conmueven al lector y que se graban en su memoria con mayor fuerza. Una estadística puede decirnos mucho, pero no nos conmueve; y la historiografía actual tiene mucho de estadística.

Y como no ha polémica sin polifonía...

Esta sección espera constituir una tribuna abierta que cuestione las respuestas tópicas sobre cada tema, animando una estimulante discusión a muchas voces: las voces de la Facultad.

Esperamos que las ideas reunidas hoy inciten a muchos al debate: para eso nacieron. Opiniones, críticas, cifras, estadísticas y sugerencias sobre viejos y nuevos temas son bienvenidos. El Consejo Editorial las recibirá con gusto.

Hemos mostrado de manera resumida aquellos segmentos de las entrevistas que recogen las opiniones más sugerentes de quienes amablemente han participado, pero tratando en todo momento de respetar la individualidad de cada parecer. Esperemos que el resultado sea satisfactorio para todos.